

HOMENAJE A PEPE ONETO



**POEMA DEL FLEQUILLO DE PEPE ONETO
ANTONIO GARRIGUES WALKER
8 NOVIEMBRE, 2019**

Que digo yo,

¿qué porque
llevaría un flequillo
Pepe Oneto?

Y quien le convenció
-seguro que fue él mismo-
de mantenerlo siempre
como un signo inequívoco
de ir contra corriente

y luchar
contra todos los convencionalismos
y las verdades grandes
pero inútiles.

Quién, que no fuera él,
llegó a pensar que un día
-quizá cuando muriera-
la gente que le amaba
y la que le admiraba
y le temía

al pensar en su imagen
volviera a imaginarle,
como él quería verse,
con un flequillo rubio
y un traje desastrado
y también su mirada
como entre sonriente y sorprendida.
Habrá que mantenerle
entre nosotros

pero será difícil.
Oneto nunca quiso sucederse
ni que le sucedieran.
Pero nos da lo mismo.
Él ya está para siempre
peinándose y queriéndonos,
con todo su flequillo
al viento pavoroso de la historia.





EL PERIODISMO DE LUTO, POR **DIEGO CARCEDO**

ARTÍCULO PUBLICADO EN EL BOLETÍN, ATALAYAR...

Ha muerto Pepe Oneto, nuestro compañero del alma, nuestro admirable compañero de tantas batallas en la defensa por la libertad y en la búsqueda de la independencia en el relato cotidiano de la información. Con él bien puede decirse que se cierra un capítulo del mejor periodismo político español. Quienes aspiramos a conocer la verdad de los hechos relevantes le vamos a echar mucho de menos leyendo el periódico, escuchando la radio o viendo la televisión.

Al periodismo español la muerte de Oneto le pone hoy de luto. Y más en la Asociación que compartíamos. Oneto fue uno de los jóvenes periodistas que se jugó la libertad y el trabajo en los últimos años de la

Dictadura y, desde luego, uno de los primeros que supo engancharse a las perspectivas de libertad que se intuyeron cuando comenzó tibiamente la transición a la democracia. Su trayectoria profesional fue impecable; su trabajo como informador, escritor y director de medios, digno de admiración. Ahora que desgraciadamente ya no nos escuchará, podemos decir sin que rebele su modestia que, si no fue el mejor, si estuvo siempre entre los mejores. A él le deben muchos, millones, de españoles, haber acompañado los acontecimientos de la vida pública al día, cada momento: Fue el gran relator de los avatares de unos tiempos que cambiaron nuestras vidas. Para sus colegas, los periodistas, será un ejemplo. Su carácter extrovertido y su afabilidad personal le aportaban un amplio círculo de amigos, admiradores y seguidores que alimentaban sus variadas fuentes informativas.

Oneto era uno de esos periodistas responsables que nunca ofrecían una noticia sin comprobarla concienzudamente. Eso le convirtió en un referente permanente del buen periodismo; del periodismo que supo superar crisis y adaptarse a las circunstancias de cada momento sin dejarse influir por la presión o la seducción interesada, sin faltar nunca a lo fundamental: el respeto a la verdad. Todos le echaremos mucho de menos, unos a la hora de informarse y sus amigos también a la hora de convivir.

En la Asociación de Periodistas Europeos, de la que fue fundador hace cerca de cuarenta años y actual miembro del Consejo Ejecutivo, Pepe Oneto era un colega excelente. Siempre dispuesto a aportar su trabajo y su experiencia a los objetivos de la Asociación y siempre haciendo más gratas las reuniones y actividades profesionales. Su sentido del humor, su talento, ingenio y agudeza lo convertían en el amigo imprescindible. Porque, además, era buena persona; una excelente persona.





EL PERIODISTA QUE ESTABA ALLÍ, POR MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

ARTÍCULO PUBLICADO EN LA VANGUARDIA

Venía Pepe Oneto de la Agence France Presse. Siempre han sido las agencias de prensa las mejores escuelas de periodismo porque se ciñen a la narración estricta de los acontecimientos para difundirlos como noticias. Venía Pepe sin concesiones a la galería ni adornos que difuminaran sus aristas. Estaba entrenado por François Pellou, que había batido el cobre en la guerra de Vietnam. Antes había cursado Ciencias Políticas en la Complutense siendo residente en el Colegio Mayor San Juan Evangelista.

Procedía Pepe Oneto del Frente de Liberación Popular (Felipe), aquel limpio invento del increíble Julio Cerón, donde se curtieron los mejores políticos, dispersados después por todo el arco ideológico, desde el centro de UCD con Pérez Llorca y de Convergència con Miquel Roca, al Partido Comunista con César Alonso de los Ríos o Nicolás Sartorius.

Era 1967 y Pepe Oneto llegaba al diario Madrid para hacer información política en regate permanente para burlar los rigores de Manuel Fraga, ministro de Información de Franco, cuya ley de Prensa proclamaba en el artículo primero la libertad para proscribirla en el segundo dotándole a él mismo de poderes sancionadores disuasivos de inmediata aplicación y exentos de previo control jurisdiccional.

En el diario Madrid se hacía una exploración intentando ampliar el espacio de las libertades y en esa exploración sobrevino el cierre del periódico que tuvo dos fases: la primera el 30 de mayo de 1968 por cuatro meses y la segunda, para siempre, el 25 de noviembre de 1971.

A partir de ahí, Pepe Oneto hizo de cronista político para la agencia Colpisa que dirigía Manu Leguineche. Sus crónicas se publicaban en La Vanguardia en unos años en que los corresponsales de los periódicos catalanes habían adquirido muy notable consideración en la Villa y Corte.

Luego, Pepe Oneto se incorporó al semanario Cambio 16 que acababa de empezar a editarse bajo el impulso y el talento de Juan Tomás de Salas. La revista llevaba casi dos años sin romper el limitado círculo de los adictos hasta que acaeció la primera muerte de Franco, es decir la flebitis de mayo de 1974, que hizo asumir los poderes de la jefatura del Estado de forma provisional al príncipe Juan Carlos. Entonces, Cambio 16 encomendó a Pepe que hiciera la crónica de lo que se estaba viviendo y muriendo en esos meses. Aquellas crónicas, que dispararon las ventas de Cambio 16, daban un sonido muy distinto del que empleaba la prensa inerte, encastada en el régimen.

Oneto contaba los hechos, daba cuenta de lo que sucedía en los quirófanos y más allá de los partes oficiales que firmaban los integrantes del equipo médico habitual. Oneto también informó del Portugal de los claveles que nos madrugaba el cambio y de la divisoria de las aguas en el régimen franquista donde se escindía el búnker de Girón, dispuesto a defender sus ventajas con uñas y dientes, y los que buscaban ganar la otra orilla convencidos de que la fecha de caducidad del régimen coincidiría con la de la muerte del general superlativo. En aquel panorama inerte donde casi nadie osaba acercarse a una realidad que daba vértigo, Pepe Oneto supo hacer de periodista cabal. Parecía ser en ocasiones uno más de los corresponsales extranjeros sin tener, evidentemente, la protección de la que ellos gozaban.

Oneto fue director de Cambio 16 y años después del semanario Tiempo del Grupo Z que le hizo Consejero Editorial. Estuvo al frente de los informativos de Antena 3 TV y ha tenido otras responsabilidades editoriales, pero sin padecer ese mal de altura que causa el enrarecimiento del oxígeno y que a tantos otros inutiliza.

Cuando Pepe coronó algunas cimas logró no caer prisionero de su propia preeminencia o encasillarse en papeles de los que no pudiera librarse. Nunca quiso ser otra cosa que periodista. Sabía que los periodistas no van donde les invitan sino donde les interesa. Por eso estuvo en varios golpes de Estado para los que no había recibido invitación.

Manuel Chaves Nogales escribió del maestro Juan Martínez que estaba allí. Lo mismo puede decirse de Pepe Oneto. Hizo del flequillo y de una cierta excentricidad indumentaria una seña de identidad y siempre mantuvo el sentido del humor. San Fernando, al fondo.



PEPE ONETO, EL PERIODISTA QUE AMABA LA LIBERTAD Y A SU FLEQUILLO, POR **LUIS ALGORRI**

ARTÍCULO PUBLICADO EN EL ESPAÑOL

A Pepe Oneto le vi llorar una vez, solamente una. Fue aquella mañana de 1996 en que mandó parar el trabajo de la revista que dirigía, Tiempo, y se colocó bajo los ventanales que daban a la calle de O'Donnell. Lo escoltaban los subdirectores y los redactores jefes con aire inquietantemente solemne. Nos acercamos en silencio. "Todo empieza y termina", nos dijo Pepe, la voz segura, el flequillo impertérrito, sin un papel en la mano; "todo tiene un principio y un final. Nuestro presidente, Antonio Asensio, me necesita para dirigir los informativos de Antena 3 Televisión. Así que hoy, después de diez años trabajando juntos, tengo que decir adiós..."

Y ahí se le quebró la voz. Se le desfiguró la cara en un sollozo imposible de soportar, se abrazó a quien tenía al lado y estuvo varios minutos, interminables minutos, ahogado en un llanto sin consuelo, en un llanto de niño chico, en un puro dolor. Y todos nos dimos cuenta, callados, conmovidos, de una cosa: aquel hombre jovial, bromista, ingenioso y sabio; aquel tipo sonriente y decidido al que no hundía nada, a quien nada entristecía, que siempre veía la botella medio llena y nunca medio vacía, nos quería. Nos quería de verdad. Nos había contratado a casi todos porque estaba convencido de que éramos buenos, de que podríamos sacar adelante aquella revista que llegó a ser, gracias a él y durante muchos años, un punto de referencia indispensable en la información de nuestro país. Pero es que además nos quería. Yo no había visto eso nunca antes y solo alguna vez, muy pocas, lo he vuelto a ver después. Un director, un jefe, que mostrase y demostrase un verdadero afecto por mí. Por todos. Quizá, en el periodismo de hoy, pocos entenderán lo que eso nos ayudó a trabajar, a ser mejores.

Sabíamos quién era. Algunos le tomábamos muy en serio, cosa que a Pepe no le hacía maldita la gracia porque él quería compañeros, no monaguillos que anduviesen tras él con el incensario. Quería periodistas con ilusión y con ganas, como él, y no académicos de la entradilla que se dedicasen a abrirle la puerta. Sabíamos que no había sido el gran cronista de la Transición, como tantos decían, sino mucho más: uno de sus protagonistas. Uno de los inauditos guerrilleros que, cuando el pobre Arias Navarro –un hombre que estaba muerto pero que no lo sabía– trababa de sofocar la libertad de expresión a mediados de los setenta, simplemente se echó aquella libertad a la espalda y embistió como un búfalo a la resquebrajada realidad oficial del franquismo. Y dijo en su semanario lo que pensaba, y publicó lo que de verdad sucedía, y arrostró en Cambio16 amenazas y censuras sin cuento, y abrió por las bravas las polvorientas ventanas del país para que los ciudadanos nos enterásemos de una buena vez de qué estaba ocurriendo. Aquella portada de mayo de 1976, Arias lo para todo (ah, los titulares de Pepe en portada) fue el prólogo exacto de la destitución de aquel presidente desorientado y trasterrado en el tiempo, que tenía en su despacho, sobre un caballete de pintor, un cuadro gigantesco del caudillo; y luego, encima de la mesa, una fotito del Rey enmarcada en latón.

Las risas de Pepe. Las carcajadas de Pepe, aquel hombre que conocía a todo el mundo, que tenía los teléfonos de todo el mundo, que hablaba con todo el mundo.

Tú te colabas en su despacho en la revista, con aire de espía bogartiano, y le decías: “Pepe, esto no lo sabe nadie, ¿eh? Me he enterado de que el general Sáenz de Santamaría ha comentado...” Y él te interrumpía: “Sí, me lo dijo a mí anteanoche”. Y estallaba en una de sus risotadas felices, fulgurantes, contagiosas, y luego te pasaba el brazo por el hombro y te decía: “Venga, joé, quita esa cara, chaval, que vas bien, que lo estás haciendo bien; a por la próxima”. Y tú no tenías más remedio que sonreír. Y sonreías. Y te ibas a por la próxima.

Pepe Oneto solía decir que la noticia se encuentra si estás allí. Bien lo sabía. Alguna vez nos contó las horas interminables que se pasó en La Marquesita, una especie de cafetería o bar de tapas que había en las inmediaciones de palacio de El Pardo, en los días tremendos en que el caudillo no terminaba de morir. Por allí pasaba todo el mundo. Y Pepe, que veía crecer la hierba, se fijaba en las caras que ponían los periodistas “del régimen” cuando iban a tomar algo: café solo y cara de angustia, eso es que está peor. Bocata de jamón con tercio de cerveza y gesto insolente, eso es que va tirando. De ahí salieron muchas crónicas. Pero había que ser Pepe Oneto para escurrirse, Dios sabrá cómo, en la habitación de La Paz en que estaban a punto de ingresar a Franco, disfrazado con una bata blanca y una cámara escondida (¿qué haría con el flequillo, que conocía todo el mundo?), para dar una noticia que a los saurios del régimen (pobre Arias) les hizo saltar de la silla.

No conozco a nadie vivo (muerto, quizá sí: Sabino Fernández Campo) que haya sabido más sobre el golpe de Tejero, Armada, Milans y todos sus filisteos. Pepe estaba allí, en el Congreso, y se tiró al suelo, como los demás. Pero de aquella noche interminable y aburrida, o al menos eso decía él, sacó material Pepe Oneto para una colección de libros que en realidad es un solo libro pulido y reescrito interminables veces, hasta lograr la última: 23-F, la historia no contada. Ahí está todo o casi todo. Investigó hasta la extenuación. Preguntó a todo el mundo, y Pepe era un experto en sonsacar porque quienes le conocían sabían bien que también era experto en callar. Escribía frenéticamente, siempre a máquina si podía evitar el ordenador, con una prosa relampagueante, concisa, de periodos breves. Odiaba que le interrumpieran: se interrumpía él solo, salía del despacho en mitad de un párrafo y se te acercaba: “Oye, ¿ya has visto la Tosca del Teatro Real?” No quería una respuesta, lo que buscaba era una confrontación. “¿Raimondi, dices? ¡Pero si ya no canta, está viejo, no le quedan más que los trucos, cómo puedes decir que te ha gustado Raimondi!”. Diez minutos después, ya desahogado, ya establecida su mitomanía operística frente a la mitomanía de los demás (de eso se trataba), volvía a la Olivetti y continuaba el párrafo como si no lo hubiese abandonado nunca.

Era presumido, sí. Aquellas camisas a cuadros, o a rayas, con el cuello siempre blanco, dónde las compraría. Un día encargó un reportaje: “Mira, ven”, dijo, “este año cumple Felipe los cincuenta. Entérate de quién más los cumple, les llamas, les preguntas lo que sea y sacas una historia bonita, ¿verdad?”. Fueron saliendo personajes públicos: además de Felipe estaban Forges, Óscar Alzaga, Iñaki Gabilondo, Luis Gámir, yo qué sé, ya no me acuerdo. Todos o casi todos llevaban bastante mal el medio siglo. Hasta que de repente, cotejando datos (en 1992 no había Wikipedia), sale... ¡Pepe Oneto! ¡También Pepe cumplía el medio siglo! En su despacho empezó a dar cómicas voces, como si fuese una pieza atrapada: “A mí no, ¿eh? ¡A mí, ni me menciones! ¡Ni se te ocurra! ¡Venga, búscate la vida pero a mí no me metas!”. Y se mondaba de risa.



Había una pregunta, sin embargo, que yo creo que nadie se atrevía a hacerle. Se la hice yo, casi a hurtadillas, una noche larga en la redacción. Estábamos en esa confianza que solo algunas veces da la madrugada. Ya he dicho que nos quería a todos. Me miró de medio lado y sonrió: “Shiquiyo, te lo voy a decir pero no lo cuentas nunca, ¿eh? Yo llevo este flequillo, que no veas el trabajo que da, por culpa del emperador de Austria”. Yo me le quedé mirando, pasmado. “Sí”, continuó él, “Francisco José, el marido de Sissi. Llevaba unas patillas imposibles que se le juntaban con el bigote, debía de ser un horror aquello. Hasta que un día dijo: me voy a afeitar. Y entonces el primer ministro, que no sé quien sería, va y le dice: Majestad, nos va a arruinar usted en monedas y en sellos de correos, piénselo. Y el emperador se murió con aquellas patillas. Pues a mí me pasa algo por el estilo. Si me cambio el peinado, dejo de ser Pepe Oneto para mucha gente; sería como una abdicación, ¿verdad?”. Y en ese momento estalló en otra de sus memorables carcajadas, que tenían la virtud de disolver todos los males, de aventar todos los rencores, de apaciguar todas las suspicacias, pero que también te dejaban pensando si te estaba diciendo la verdad o si te estaba tomando el pelo. Que en aquel caso, creo yo, era lo más probable.

Pepe se ha ido para siempre a su isla de San Fernando sin dejar de ser él mismo ni un solo día en toda su vida. Con su flequillo, desde luego. España ha perdido a un periodista de los que ya no quedan, y será difícil que los vuelva a haber. Los ciudadanos hemos perdido a un hombre esencial, perfecta, optimista, resplandecientemente bueno, que creía en la libertad y en la democracia, y que dedicó su vida a defender ambas cosas. Yo he perdido a un amigo, a uno de los mejores y más leales que tuve nunca. Sonrío, pero no voy a ocultar ahora la humedad que apenas me deja ver el teclado en que escribo, como aquellas lágrimas de niño desvalido que él derramó cuando dejó Tiempo. Cito a Tomás Luis de Victoria, que a Pepe le emocionaba tanto: “Vosotros, los que vais por el camino, mirad y ved si hay dolor como mi dolor”.

Que la tierra te sea leve, compañero.





JOSÉ ONETO, EL GRAN PERIODISTA DE LA TRANSICIÓN POR PABLO SEBASTIÁN

ARTÍCULO PUBLICADO EN REPÚBLICA

Ha muerto José Oneto el que sin duda ha sido el gran periodista de la Transición democrática española que falleció esta tarde a la edad de 77 años, en una clínica de San Sebastián donde llevaba internado un mes y medio víctima de una infecciosa enfermedad intestinal.

La muerte de Pepe Oneto, amigo del alma, fundador y Consejero Editorial de republica.com, nos sume en un enorme desconsuelo a sus compañeros y al conjunto del periodismo nacional. Y también de la vida política de este país donde José Oneto, además de persona de extraordinarias cualidades, fue todo un referente del periodismo español como profesional independiente.

Y en los últimos años y además de autor de numerosos libros de crónica política (como su investigación sobre el golpe del 23-F), uno de los grandes analistas de la actualidad nacional. Tanto en el periodismo impreso y digital como en la radio y la televisión.

El campo audiovisual donde Oneto tuvo altas responsabilidades al frente de los servicios informativos de Antena 3 TV. Como anteriormente había dirigido la revista Tiempo, y años antes la revista Cambio 16 tras haber pasado por la redacción de la Agencia France Press (en Madrid) a finales del franquismo, al que combatió, y en el inicio de la Transición.

Un Cambio 16 que, bajo la dirección de Pepe Oneto, se convirtió en la punta de lanza del cambio democrático español (en esa etapa fui su corresponsal en Bruselas) y del nuevo periodismo independiente que abrió las puertas a la libertad de expresión en España.

Siento la muerte de Pepe Oneto como la de un hermano y en los últimos días lo he visto luchar con encomiable esfuerzo contra la enfermedad hasta el punto -‘murió con las botas puestas’ se puede decir- de haber seguido escribiendo para nuestro diario digital sus últimos artículos desde el hospital.

El último de ellos titulado ‘El escándalo ucraniano, la gota que colmó el vaso del abuso de Donald Trump’, publicado en republica.com el pasado día 29 de septiembre.

Pepe Oneto murió pegado a la información diaria nacional e internacional que comentábamos con frecuencia hasta hace poco menos de una semana. Y estaba, desde su firme compromiso democrático, muy preocupado por la situación de inestabilidad política de nuestro país. Como preocupado estaba también por la calidad y la independencia del periodismo español.

En este diario digital estamos consternados por la muerte de Pepe Oneto y desde aquí enviamos nuestro pésame y abrazos a su esposa y nuestra gran amiga Paloma, a su hijo Erik, su nuera Ana Belén y a su nieto Adrián. Con la garantía de que en esta casa y nuestra memoria José Oneto siempre estará. Descanse en paz.





ONETO, POR FERNANDO GONZÁLEZ URBANEJA

ARTÍCULO PUBLICADO EN REPÚBLICA

Sabíamos que estaba peleando con una infección, pero nunca imaginamos que no iba a superarla. Su maletín de medicamentos de todos los colores, para todas las dolencias, hacía de Pepe un ser inmortal, con los achaques de la edad y la coyuntura, pero con resistencia y habilidades para sortear todos los baches. No ha servido el maletín, ni la habilidad y dedicación de los médicos que le han atendido en San Sebastián, donde el azar había determinado que fuera atendido.

Pepe Oneto es historia del periodismo español durante algo más del último medio siglo; uno de los grandes, siempre atento, informado, con olfato, con instinto, con sagacidad y con intención para hurgar en lo importante. Pepe tenía agenda, siempre la tuvo, desde sus comienzos

agencieros para France Press y Colpisa a su peripecia en el “Madrid”, “Cambio16”, “Tiempo”, “Antena3” y durante la última década en “Republica.com”. Pero además de estar en las noticias sabía distinguir y ordenar, distinguir lo que es relevante de lo banal, ordenar con la disciplina del oficio y mirar donde otros tratan de evitarlo. Tenía estilo propio y forma parte de lo que podríamos llamar “nuevo periodismo” español, en la estela de los grandes norteamericanos que leyó y asimiló. Fue uno de los primeros que marcaron tendencia en el periodismo de la transición y la democracia.

Pepe lo ha hecho todo en periodismo y lo ha hecho bien; su sentido del humor gaditano y madrileño y su ironía era imposible de imitar. Sabía reírse de todo, relativizar, no dejarse impresionar. Nunca se distrajo con otras tentaciones que no fueran el periodismo aunque no le faltaron oportunidades. La notoriedad, la popularidad, no se le subió a la cabeza, sabía dónde estaba y adónde podía llegar.



ONETO, LA PRIMERA FILA DEL PERIODISMO, POR **PRIMO GONZÁLEZ**

ARTÍCULO PUBLICADO EN REPÚBLICA

Es difícil desligar a Pepe Oneto, sobre todo para quienes le conocíamos desde finales de los años 60, de su inolvidable y singular sentido del humor, de su enfoque a mitad andaluz, medio gallego, cargado de ironía y de amable sarcasmo, siempre dispuesto a extraer algo de positivo de cuanto acontecía a su alrededor. Acaba de morir y seguro que descansará en paz por lo mucho y bueno que ha hecho para nuestra profesión.

Trabajó más como artesano y peón que como dirigente, aunque ello no quiere decir que sean pocos los que aprendieron, y mucho, de su buen hacer, motivo por el que puede considerarse como un maestro de este oficio, por delante de muchos otros que han aportado bastante menos a pesar de que han figurado en posiciones de cabecera.

Si algo destacó en la personalidad irrepetible de Pepe Oneto como periodista fue su inquebrantable obsesión por estar siempre en primera fila para ver de cerca lo que sucedía y para contarlo con rigor implacable a sus clientes, fueran lectores del diario Madrid (en donde su nombre empezó a incomodar a muchos, en pleno franquismo, a interesar a los más y a informar a la inmensa mayoría que se estaba ya abriendo paso en las trincheras por donde circulaba en aquellos años agónicos del franquismo, cuando había que decir muchas cosas a medias para que se entendieran al completo), más adelante en el semanario Cambio 16, en inseparable equipo con Juan Tomás de Salas, promotor y editor de aquella revista inolvidable, y luego en otros muchos medios, como colaborador, como responsable de espacios radiofónicos o televisivos, como inspirador de aventuras menos conocidas por el gran público,... Para llegar a término en este medio digital, República, desde donde a diario daba testimonio de su agudeza y una capacidad de

análisis que se había alimentado a lo largo de una dilatada carrera de 60 años de ejercicio activo del periodismo.

A su manera, Pepe Oneto ha sido maestro de muchos de nosotros, incluso a pesar de la pertenencia a la misma generación. En su dilatada trayectoria por tantas redacciones, muchos profesionales del gremio tenemos motivos para agradecer a quien nos ha dejado algo de su personalidad, de su buen hacer profesional, de su capacidad para descubrir las cosas verdaderas, que no siempre son fáciles de encontrar en el ejercicio de este oficio, en un país que ha vivido en estos 60 años más experiencias que la mayor parte de nuestros vecinos europeos, desde una dictadura hasta una democracia nacida desde cero que ha sido necesario inventar y en algún momento defender casi con las armas en la mano porque muy poderosos eran quienes pretendían abortar el rumbo. Oneto ha estado siempre en esa trinchera desde una posición privilegiada pero también exigente y en ocasiones hasta peligrosa. Como periodista que ha tenido el honor de convivir con Pepe Oneto en algunas aventuras profesionales y siempre con la ventaja que aporta la cercanía, mi mayor agradecimiento a su trabajo, una herencia de la que muchos hemos disfrutado y otros más van a capitalizar.





IN MEMORIAM, POR JAIME PEÑAFIEL

ARTÍCULO PUBLICADO EN REPÚBLICA

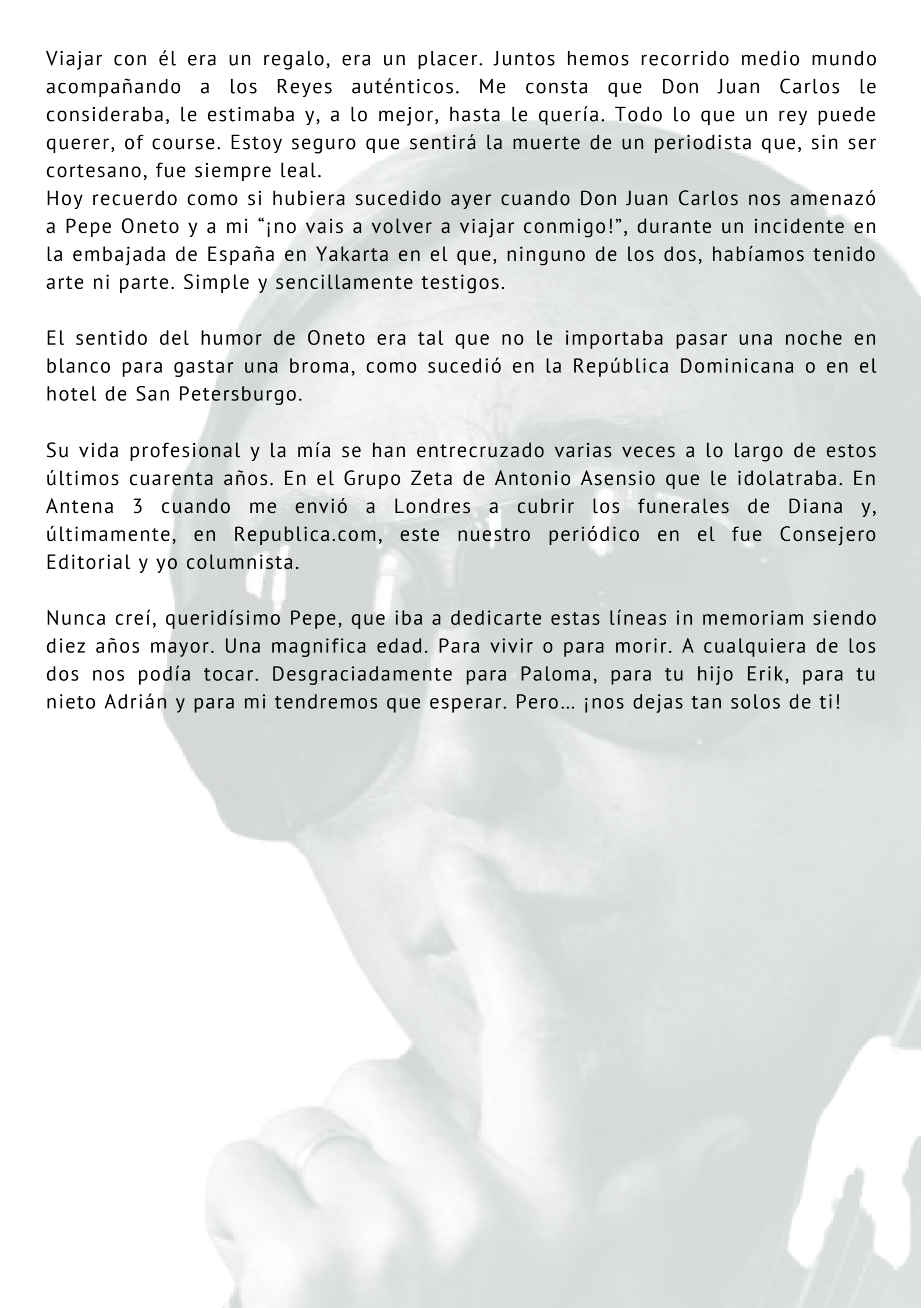
Hace una semana, dedicaba esta columna a la muerte de un amigo con el título ¡Que solos nos quedamos los vivos! Esa soledad era relativa.

Todavía, afortunadamente, todavía me quedan algunos. Entre ellos, Pepe Oneto, pensaba yo. Y miren ustedes por donde también se ha ido, cuando el otoño de nuestras vidas coloca canas en la cabeza y en el alma.

El gran Pepe Oneto formaba parte de la trayectoria profesional de mi dilatada existencia. Asimismo de mi vida más íntima. Recientemente, tuve la satisfacción de que él y Paloma nos acompañaran a Carmen y a mi en un acontecimiento muy privado celebrado en la ciudad de Granada donde nació. Con esto está dicho todo. Aceptó incluso la tiranía de la corbata de la que era tan enemigo. ¡Pero que elegante estaba!

Cuando un amigo se va, como se ha ido Pepe, recurre a dos archivos: al de la memoria y al profesional, en este caso. Los dos ponen de manifiesto cómo enriqueció mi vida.

Nunca, jamás, he conocido a nadie con más y mejor sentido del humor. No por ser gaditano, de San Fernando, donde va a ser enterrado. Ni porque fuera un periodista de éxito sino porque era el mejor traje que podía lucir en sociedad.



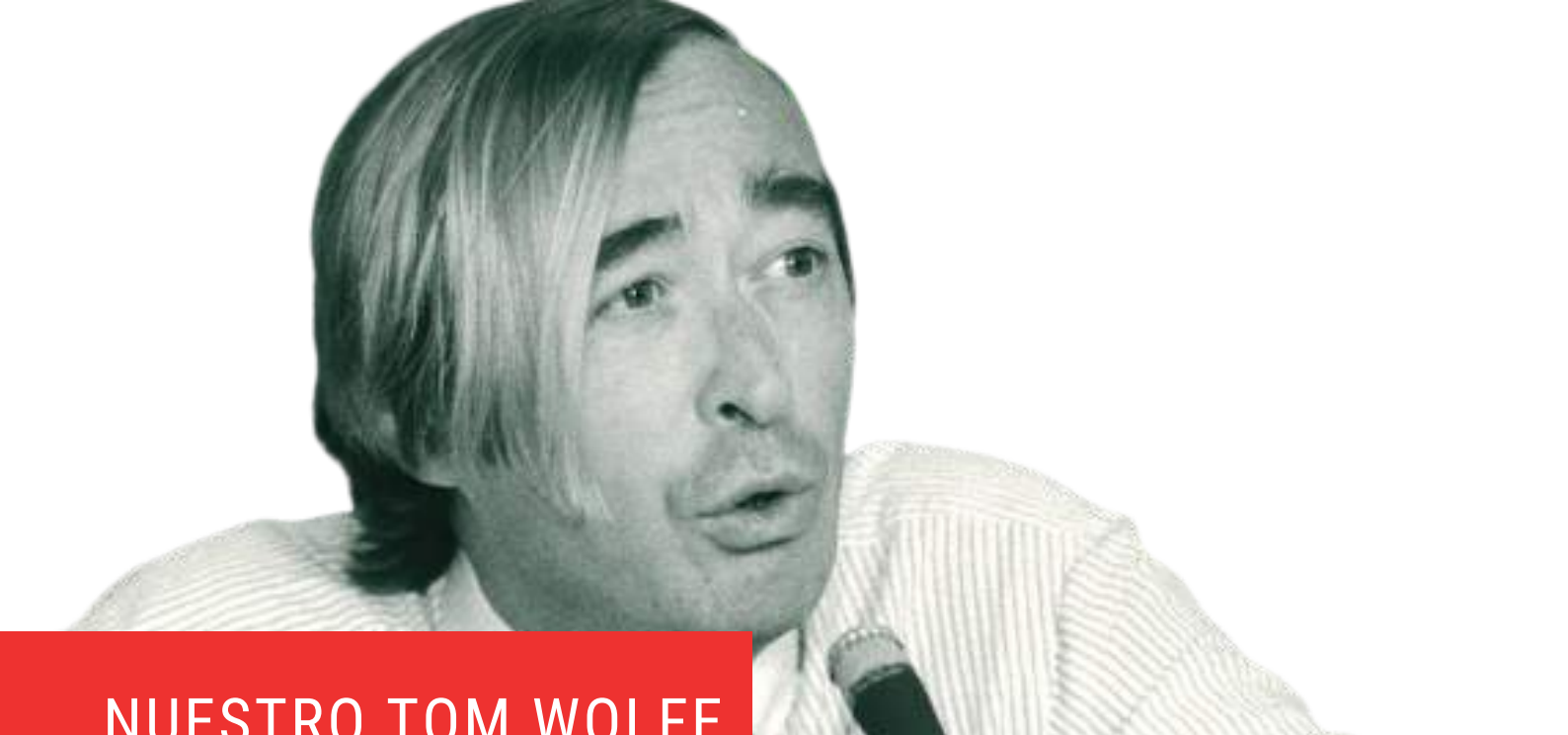
Viajar con él era un regalo, era un placer. Juntos hemos recorrido medio mundo acompañando a los Reyes auténticos. Me consta que Don Juan Carlos le consideraba, le estimaba y, a lo mejor, hasta le quería. Todo lo que un rey puede querer, of course. Estoy seguro que sentirá la muerte de un periodista que, sin ser cortesano, fue siempre leal.

Hoy recuerdo como si hubiera sucedido ayer cuando Don Juan Carlos nos amenazó a Pepe Oneto y a mi “¡no vais a volver a viajar conmigo!”, durante un incidente en la embajada de España en Yakarta en el que, ninguno de los dos, habíamos tenido arte ni parte. Simple y sencillamente testigos.

El sentido del humor de Oneto era tal que no le importaba pasar una noche en blanco para gastar una broma, como sucedió en la República Dominicana o en el hotel de San Petersburgo.

Su vida profesional y la mía se han entrecruzado varias veces a lo largo de estos últimos cuarenta años. En el Grupo Zeta de Antonio Asensio que le idolatraba. En Antena 3 cuando me envió a Londres a cubrir los funerales de Diana y, últimamente, en Republica.com, este nuestro periódico en el que fue Consejero Editorial y yo columnista.

Nunca creí, queridísimo Pepe, que iba a dedicarte estas líneas in memoriam siendo diez años mayor. Una magnífica edad. Para vivir o para morir. A cualquiera de los dos nos podía tocar. Desgraciadamente para Paloma, para tu hijo Erik, para tu nieto Adrián y para mi tendremos que esperar. Pero... ¡nos dejas tan solos de ti!



NUESTRO TOM WOLFE GADITANO, POR **LUIS SÁNCHEZ MERLO**

ARTÍCULO PUBLICADO EN DIARIO DE CÁDIZ

Desconocía que llevara tiempo ingresado en una clínica de San Sebastián. Nunca hubiera imaginado tal concurso de circunstancias para el adiós de Pepe Oneto. Bonita ciudad, empero, para despedir una vida tan fascinante como la suya.

La última vez que le vi acababa de convertirse en un jovial abuelo y llevaba tiempo sin fumar. Fue en un almuerzo en El Pescador, con Pablo Sebastián, el editor del primer diario digital, República, donde Pepe escribía una crónica política diaria desde hacía años. Después de la comida, bajamos Lista hasta Castellana, donde cogió un taxi. Como era costumbre entre nosotros, hablamos de lo mal que estaba todo y de lo peor que se iba a poner. Era lo que quedaba de una relación de amistad intensa, entre dos escépticos, hipocondríacos, afectos al sentido común y al cartesianismo inevitable.

En la tarde de Madrid, que prorroga el veranillo de San Martín mientras han ido llegando las condolencias dolientes de quienes supieron de nuestro afecto, he querido recordar las risas incontenibles en Roma Taylor, aquella sastrería de Taipéi (Taiwán), donde gracias al sacrificio nocturno de media docena de sastres, nos confeccionaban trajes exprés y camisas, ya se sabe, atrevidas en su caso, en 24 horas, prueba incluida.

Estaba siempre dispuesto al despliegue de un humor sagaz, ácido e inteligente. Siempre pendiente del detalle, a pesar de las lentillas, presumido él, y dispuesto a sacar punta a todo lo que su gran intuición iba descubriendo. Aquel viaje a la "verdadera China", de lo que nuestros anfitriones pretendían convencernos, fue un tiempo en que Pepe conjugaba con intensidad la combinación de su personalidad más admirada: sentido del humor, talento, ingenio, intuición, agudeza. Todo ello, arropado por una virtud cardinal: era una excelente persona, escondida detrás de ese ingenio surrealista, capaz de desconcertar a un jefe de gobierno.

Ese aspecto de moderno adelantado, con flequillo, camisa de flores y pantalón con paramencios, le sirvió para acreditarse como un dandy del periodismo. Justamente lo que, recordaba Antxon Sarasqueta, había puesto de moda a comienzos de los años setenta del pasado siglo Tom Wolfe, con su obra 'The New Journalism', el nuevo periodismo, donde la calidad y la fuerza narrativa dominan la historia, cualquiera que esta sea. Pepe Oneto, inmerso de hoz y coz en el proceso del cambio político español, con un género innovador reconocible y un sentido crítico irremediable, se convirtió en uno de los grandes narradores de la transición española.

Ese estilo inconfundible, plasmado en portadas, artículos y línea editorial de Cambio 16 y Tiempo, las dos revistas de las que fue director, resulta útil para entender lo que estaba pasando y lo que podían deparar los acontecimientos que se iban sucediendo en tiempos de efervescencia política. Vivimos con mucha intensidad aquellos tiempos en que su biosfera giraba alrededor de la portada y el artículo semanal.

Los viernes, antes del cierre, comentábamos los últimos flecos de la actualidad. En el ajetreo de O'Donnell, le acompañaban Pedro Páramo, Manolo Soriano, Nativel Preciado, Marisa Perales, Queca Campillo y tantos otros periodistas de raza, protagonistas de una época que no volverá. No renunció a los convites sociales, nunca desertó de sus raíces gaditanas, viajó -por la filosa- a lo largo y ancho del mundo, cuando sacaba tiempo para comprar sus atrevidas modelos, descubrió a tiempo la huella satelital de la radio y la televisión y pasó a ser un invitado obligado para una tertulia o una entrevista.

Junto a Pilar Urbano y Pedro Altares en el plató nº 2 de TVE, queriendo sacar el debate del tedio y queriendo poner en apuros al candidato socialista, le hizo, con ese sentido común que le acicalaba, la pregunta de la campaña: "Pero entonces, ¿qué es el cambio? A lo que Felipe González respondió: "¿El cambio? Algo muy sencillo: que España funcione". Salió airoso: diez millones de votos. Era un polemista al que le gustaba preceder a los hechos, su vitalidad, menguante pero siempre dispuesta, ponía a prueba un ingenio portentoso que inquietaba al interlocutor, aunque, a renglón seguido, tirando de empatía, lo tranquilizase.

Tenía una visión de las cosas original y dispareja así que cuando venían mal dadas el silencio suponía para él el grado más elevado del disgusto. En tiempos en que todavía fumaba sin cuartel, solía acompañar un menú sobrio, pongamos una tortilla francesa, con whiskies de malta, lo que activaba su curiosidad cáustica, pero sus interlocutores (siempre transversales) sabían que nunca iba a traicionar un secreto. Esto le convirtió en alguien fiable para el desahogo, ese recurso tan español. El traje a rayas que me hicieron aquella docena de sastres chinos armados con alfileres fue objeto de sus bromas durante años, pues le hacía mucha gracia -según repetía- lo mal que me sentaba.

Esa ironía sureña, marca de la casa, era como sacaba punta a aquello que llamaba su atención y lo convertía en filón para servirlo en la bandeja de un humor sagaz, ácido e inteligente como era el suyo. En la síntesis de casi medio siglo, he recordado aquel Carnaval de finales de los 70, con chirigotas en la Tacita de Plata, comidas a vientre perdido en la Venta de Vargas y despesque (retirada de los peces que, de forma natural, acceden a los esteros donde han engordado con algas, pequeños crustáceos y otros peces pequeños). En su circunscripción vital de las salinas de San Fernando, Pepe, junto a Paloma, su copiloto de la vida, oficiaba de anfitrión y entre ostiones, platijas y camarones, nos agrupó con Jesús Quintero (el Loco de la Colina), el Carpojo (Juan Antonio García Díez, diputado por Cádiz), Carlos Abella, escritor, Antonio Morillo, boticario de Vejer de la Frontera, y otros amigos con los que se sentía en su salsa. Andaluz militante, nunca fue náufrago en la Corte, tenía amigos en los palacios y en los bajos fondos, conocía la geografía de la vida y mantenía el buen criterio para calar a los aduladores y a los fermentados, aunque tomase algunos riesgos con amistades peligrosas. Lo hacía para proteger, con mimo, sus fuentes de información. Nunca fue un insensato. Más bien, lo contrario, prudente y conservador con las cuestiones importantes de la vida. Fue nuestro Tom Wolfe, escritor y periodista, sin tropezar en el tentador protagonismo de la hoguera de las vanidades. Ya le estamos echando de menos.





PEPE ONETO, EL PERIODISTA QUE LO SABÍA CASI TODO, POR **MIGUEL ÁNGEL GOZALO**

ARTÍCULO PUBLICADO EN EL MUNDO

Cuando se muere alguien como Pepe Oneto, la necrológica es un género periodístico al alcance de cualquiera. Portada de todos los periódicos -gloria definitiva para todo gacetillero- la despedida a Pepe Oneto se ha convertido en una gran noticia. Pepe Oneto era un periodista muy visible, con una presencia resonante en la vida española, sin miedo al escaparate y a las redes sociales, que disparaba su ironía como un pistolero del Oeste y, sobre todo, que estaba dotado de excepcionales condiciones para dedicarse al periodismo, el trabajo que desarrolló hasta el final, imprevisto y anticipado, de su vida.

Una necrológica es sólo una campana que dobla recordando que se va una persona que valía la pena. Es como el pañuelo que agitamos en una despedida: sirve también para enjugar las lágrimas. A Pepe Oneto, que era muy aficionado a los mensajes electrónicos (los mandó casi hasta el último día, dando cuenta de su enfermedad), le hubiera gustado el que me ha enviado un amigo mío, transmitiéndome su pésame: "Sólo fui un seguidor más. Pero me ayudó como tantos otros nobles periodistas, contertulios e informadores cultos e incisivos, a formarme en la opinión pública, en la publicada y en la que tal vez se guardó para sí".

Claro que Pepe Oneto se guardó opiniones para sí. Un talentoso profesor de la vieja Escuela Oficial de Periodismo, Victoriano Fernández Asís, nos preguntaba a los ingenuos alumnos qué era más importante, lo que se publicaba o lo que se callaba uno. En aquellos tiempos de censura vigorosa, lo que aparecía era sólo una parte de lo que se sabía. Pero gente como Pepe Oneto, formado en el Diario Madrid (cerrado en el último franquismo y cuyo eco todavía resuena en el ámbito cultural de la vida española), trató de que el iceberg de la noticia fuese subiendo a la superficie mucho antes de que se empezara hablar del cambio climático, que en la prensa de la Transición, como en la canción de Labordeta, se llamaba libertad.

Pepe Oneto lo sabía casi todo, y para acentuar ese perfil innovador y valiente, colaboraba con la Agencia France Presse, y era amigo y compañero de José Antonio Novais, el corresponsal en Madrid de Le Monde, un faro que se encendía en las redacciones como ejemplo del periodismo libre que había que imitar. Si algo que acontecía en España se publicaba en Le Monde, ¿por qué no podía ocurrir lo mismo en nuestra prensa? Esa era la reflexión provocadora que Pepe Oneto y demás compañeros de aventura llevaron a algunos periódicos en aquellos años fronterizos entre prohibiciones y apertura.

Después llegó la Transición, y Oneto se convirtió en un cronista indispensable. Escribió muchos libros, participó en mesas redondas, dirigió importantes revistas y servicios informativos en alguna de las televisiones que iban surgiendo, viajó a todas partes y se doctoró en el arte de entretener como tertuliano, siguiendo la consigna de Indro Montanelli de "informar divirtiéndose". Su sentido del humor, con raíces en las chirigotas de Cádiz, pues era de San Fernando y presumía de ello, se combinaba con un raro rigor periodístico. Sus bromas eran muy serias. En las tertulias de la radio y de la televisión a las que acudía, se sabía que Pepe Oneto tenía el dato preciso, había comprobado las declaraciones de los políticos y, además, no sentía el mínimo interés en mostrarse tímido o prudente.

¿Cuál fue su secreto? Sin duda, el rigor profesional, la capacidad para "andar y ver", como definía Chaves Nogales este oficio, y, por añadidura, su ingenio, a veces demoledor, protegido por su independencia. Él inventaba cosas como lo de "Corcuera o corcuese", pero, a la hora de contar los tejemanejes de la ley de "la patada en la puerta", no se casaba con nadie. Para completar la faena, vestía a lo Tom Wolfe, cuidaba su imagen de dandy y era un melómano culto y exigente.

Los que le hemos tratado, quienes hemos coincidido con él en redacciones y viajes, le tenemos por irreplicable en su cordialidad y simpatía. Y frente a tanto dogmático y sectario que se dedica hoy a la crónica política, la figura de Pepe Oneto emerge como alguien ecuánime y cordial, que hizo frente "tanto a los anacrónicos recalcitrantes como a los infatuados impacientes", por utilizar las palabras que usó Pablo Neruda cuando recibió el Premio Nobel de Literatura. Ni anacrónico ni impaciente. Así ha sido ese periodista de flequillo rubio que lo sabía casi todo.



ONETO HIZO DEL PERIODISMO UNA PASIÓN, POR **ROMÁN OROZCO**

ARTÍCULO PUBLICADO EN EL PAÍS

Lo bautizaron José, pero todos le llamaban Pepe. Y ha muerto. Le llamaban Pepe porque José Oneto Revuelta (San Fernando, 1942) se hacía querer al poco de conocerlo.

En 1967, de la mano de Miguel Ángel Aguilar, llegué a la redacción del diario Madrid. Allí estaba Pepe Oneto. Era uno de los jóvenes periodistas que hicieron de aquel dinamitado periódico uno de los estandartes de la lucha contra el franquismo. En el medio siglo transcurrido desde entonces, Oneto se ha ganado no solo el cariño, sino el respeto de millones de ciudadanos que han seguido su trayectoria profesional en la prensa escrita, la radio y la televisión.

Oneto hizo del periodismo una pasión. Nos vimos por última vez poco antes de ser ingresado este verano en una clínica de San Sebastián, durante una comida con los compañeros de la Fundación Diario Madrid. Pepe demostró que seguía estando informado mejor que nadie. Había convertido su oficio en una pasión, que no le abandonó jamás.

En 1971, el Madrid fue cerrado por el régimen. Desde el Ministerio de Información y Turismo se sugirió que las empresas periodísticas de la capital no emplearan a los trabajadores del periódico que dirigía Antonio Fontán, presidente del Senado al llegar la democracia. Oneto encontró refugio en la agencia France Presse. Tres años más tarde, se sumó a la redacción de Cambio 16.

Pepe Oneto había militado en el Felipe (Frente de Liberación Popular), un partido antifranquista por el que pasaron numerosos jóvenes que más tarde ocuparon puestos relevantes en democracia. Juan Tomás de Salas, fundador de Cambio 16, entre muchos otros. Pero a Oneto nunca le perdió su ideología a la hora de informar. Ferozmente independiente, su pluma ni se vendió ni se alquiló.

Nombrado subdirector de Cambio 16 en 1975 y más tarde director, tuvo la fortuna de trabajar a sus órdenes una larga temporada. Tenía una de las agendas más completas del país. Conocía a todo el mundo y todo el mundo le conocía a él. Cuidadoso de su imagen, arriesgado en su estilo, hizo famoso el flequillo que los años no borraron de su cara.

Fui testigo de cómo, durante la Transición, algún presidente del Gobierno –los conoció y trató a todos– lo llamaba a La Moncloa, a media tarde, para consultarle asuntos del Gobierno. De los que se enteraba antes que algunos ministros. Nunca se dejaba influir. Al contrario, regresaba de La Moncloa con “la cestita” llena. Era lo que le decía, siempre con buen humor, a sus redactores: “Salid a la calle y llenad la cestita”. Mantuvo esa fina ironía gaditana de decir las cosas sin romper la compostura.

En 1978, Oneto fue el primer periodista en entrevistar al rey Juan Carlos, que le respondió a la pregunta de “por qué hizo el cambio”. Le contó, entre otras cosas, que “el futuro [del país] debe basarse en un consenso de concordia nacional”, algo que aún se echa en falta. Amante del detalle, incansable en la búsqueda del dato preciso, hizo popular su estilo novelado en Cambio 16. Muchos aprendimos de él. Entre otros, cientos de miles de lectores de aquella revista inolvidable, que en alguna semana rozó el medio millón de ejemplares vendidos, con Oneto de director.

En 1986 abandonó el Grupo 16 para dirigir el semanario Tiempo (Grupo Z). Ha sido un colaborador habitual en diversas emisoras de radio y televisión. Destacó, al igual que en la prensa escrita, por sus análisis certeros y bien documentados. También fue director de los informativos de Antena 3.

Premio Nacional de Periodismo. Autor de varios libros fundamentales para entender la Transición. “La aventura de nuestra vida”, como escribió hace unos meses en el libro colectivo Los periodistas estábamos allí para contarlo, editado al cumplirse los 50 años de la Constitución. Esa aventura ha terminado para José Oneto Revuelta, fallecido este lunes en el hospital de San Sebastián en el que ingresó en agosto. Descansa en paz, Pepe.



MURIÓ CON LAS BOTAS PUESTAS, POR MANUEL CERDÁN

ARTÍCULO PUBLICADO EN EN OK DIARIO

Aunque ayer se me adelantó Pablo Sebastián en su blog El Manantial de República, que exudaba el cariño y respeto de un amigo, no me resisto en apostar por este titular: "Murió con las botas puestas". Como el general Custer y sus 268 soldados que fallecieron en Little Bighorn, Pepe Oneto aguantó hasta el final mientras agotaba sus horas en la UCI de un hospital donostiarra. Su último artículo lo escribió el pasado 29 de septiembre, tumbado en la cama del centro hospitalario, desde un ipad que siempre llevaba a cuestas.

Lo del ipad y Oneto era todo un sufrimiento para sus acompañantes. Lo recuerdo como un poseído con su tablet por las calles de Kristiansand (Noruega) o de Göteborg (Suecia) buscando una hamburguesería para conectarse a la línea de wifi y poder tuitear o mandar su artículo a Madrid.

No desistía y siempre cumplía con su compromiso editorial aún hallándose en la otra parte del mundo, en Panamá, Brasil o Cuba.

Oneto, que ha sido todo en el periodismo español -un icono de la libertad y de la independencia durante los años del cambio democrático-, ya cumplidos los 77 años en marzo, seguía en primera línea al pie del cañón como cuando se presentó en 1967 en la redacción del diario Madrid, recién llegado de Cádiz. No le importaba la adulación de sus años dorados de director de las revistas Cambio16 y Tiempo, de director general de publicaciones en el Grupo 16 y el Grupo Zeta o de los Servicios Informativos de Antena 3. Él seguía escudriñando la información con sus artículos y sus colaboraciones en radio y televisión. Y jamás daba un 'no' por respuesta cuando lo invitaban a foros, conferencias o mesas de debate. Todo generosidad.

Pero además Oneto nos ha dejado la biblioteca de casa bien surtida de excelentes libros sobre la reciente

historia de España. De una veintena de títulos, destacaría: Cien días en la muerte de Francisco Franco (1975), Los últimos días de un presidente, de la dimisión al golpe de Estado (1981), La noche de Tejero (1981), Adónde va Felipe (1983), El secuestro del Cambio (1984), Veinte años que cambiaron España (1999) y 23-F. La historia no contada (2006).

Oneto (Premio Nacional de Periodismo), que fue siempre un periodista respetado-temido por todos los inquilinos de La Moncloa por su pluma afilada y sus comentarios sarcásticos, tuvo la sensatez de no convertirse en el típico gilipollas henchido de soberbia y poder. Lo he comprobado paseando por la calle con él cuando se le han acercado sus seguidores a hacerse una foto o a felicitarle por su trabajo. Siempre emanaba simpatía aún teniendo que escuchar comentarios sobre su mecha dorada.

Con Franco todavía en El Pardo -tan de moda ahora para los ignorantes-, Oneto desde sus comienzos en la delegación de France Press o en el diario Madrid (1967) siempre demostró, en plena Dictadura, la valentía y el arrojo de los buenos periodistas. Me río de quienes ahora reniegan tanto de la Transición. Habría que ver a los Iglesias, Monteras o Errejones jugarse el tipo ante la censura franquista o después ante el posfranquismo del presidente Arias Navarro, desde la dirección de Cambio16 (1976-1985).

Como detrás de un gran hombre siempre destaca una gran mujer -pido perdón de antemano porque con los nuevos cánones feminista desconozco si este aforismo puede calificarse de machista- detrás, al lado y delante de Pepe siempre estuvo su esposa Paloma. Sin olvidar a su hijo Erik, a su nuera Ana Belén y a su nieto Adrián. El chavalote dentro de unos años podrá jactarse con orgullo que su abuelo fue el periodista José Oneto.

Y para terminar, un recordatorio para jóvenes y futuros periodistas a fin de que puedan valorar la importancia de Oneto en los derechos adquiridos por los profesionales de la comunicación. En 1986, tras un encontronazo con el editor de Cambio 16 que propiciaba una operación política en España y para ello no dudaba en poner a su servicio la revista más importante del país, su entonces director José Oneto lo demandó ante un tribunal de Madrid. Con un par. Reclamaba el derecho a la cláusula de conciencia por el abandono de los principios que había inspirado el nacimiento de Cambio 16.

Oneto ganó la reclamación después de soportar cómo le censuraban, mutilaban sus artículos semanales y le retiraban su colaboración en Diario16. El artículo 20 de la Constitución de 1978 reconoce a los periodistas la cláusula de conciencia, que "tiene por objeto garantizar la independencia en el desempeño de su función profesional". Para los de Podemos: la vieja Constitución también tiene cosas positivas y los viejos profesionales también se jugaron el tipo.



Así que apenas unas líneas para recordarte que el jueves que viene, como todos los jueves desde hace 40 años, nos vemos en el grupo Crónica, donde te aguarda el abrazo de los compañeros (Ferrari, Ónega, Cernuda, Gavela, Sinova, Platón, Armario, Dávila, Nativel, Barriga, Corral, memoria viva de nuestra reciente historia...). Y, de paso, para recordarle a la gente que eres y serás siempre un grande del oficio. Cofundador del primer periodismo libre en el tardofranquismo y la Transición. A golpe de los primeros sobresaltos, como la voladura del diario 'Madrid'. Ya bajo tu dirección, el semanario 'Cambio 16' anunciaría luego, al principio entre líneas y siempre con un altísimo grado de acierto, el advenimiento de una democracia homologable a “los países de nuestro entorno”. Esa era la inseparable muletilla de las redacciones comprometidas con la recuperación de las libertades, tras la negra noche de la dictadura. Y ahí estabas tú con tu inicial alistamiento en el Felipe (Frente de Liberación Popular). Una forma de ejercer el antifranquismo y el amor al oficio que te acompañó hasta la maldita peritonitis.

“¿Qué significa el cambio?”, le preguntaste a un Felipe González cohibido por el peso de la púrpura. “Que España funcione”, te dijo. Y la frase se convirtió en uno de los salmos de la Transición. Desde entonces, ni un solo capítulo relevante de nuestra incorporación a “los países de nuestro entorno” (el franquismo, la transición, el felipismo, el 23-F...) escapó a tu mirada notarial. En tus libros, en la dirección de 'Tiempo', en Antena 3, en Onda Cero, en las tertulias políticas.

PEPE ONETO, EL INGENIO DE ESTIRPE GADITANA Y UNA PASIÓN LOCA POR LA LIBERTAD, POR ANTONIO CASADO

ARTÍCULO PUBLICADO EN EL CONFIDENCIAL

Eres y serás siempre un grande del oficio. Cofundador del primer periodismo libre en el tardofranquismo y la Transición. Tanto oficio y tanta vida juntos, Pepe, no caben en un obituario. Me niego. Jamás me lo hubieras perdonado.

Y últimamente en la prensa digital, a la que te has incorporado como un adolescente abducido por la mágica inmediatez de las redes sociales.

Pepe Oneto es y será siempre el periodismo, la amistad, la vida, la ternura, el ingenio de estirpe gaditana y una pasión loca por la libertad.

Te estoy viendo tuitear en medio de una calle de Santo Domingo, cuando acudí a rescatarte de los versátiles conductores dominicanos. Te estoy viendo escribir tu columna habitual en 'República.com' en un renqueante autobús de Asunción mientras rastreábamos la huella de los jesuitas en Paraguay. Y, ay, Pepe, te veo afeándome la conducta por volver a horas desordenadas al hotel de Puerto Plata, mientras tú madrugabas para ir al aeropuerto, ¿te acuerdas?, allí donde un día se nos fue Ismael Fuente.

No puedo seguir escribiendo, Pepe. Tengo el alma encogida y no estoy preparado para escribir el obituario de un hermano al que tanto debo, con el que tanto vivo y con el que he compartido todo. Desde el pupitre en la Escuela de Periodismo de la Iglesia hasta la mesa del redactor jefe de 'Tiempo' contigo en el despacho del puntilloso director.

Vale, solo pretendía explicar a la gente de este país nuestro que Pepe Oneto es y será siempre el periodismo, la amistad, la vida, la ternura, el ingenio de estirpe gaditana y una pasión loca por la libertad.

Nos vemos el jueves.



NOS ENSEÑÓ A SER LIBRES, POR **SALVADOR SOSTRES**

ARTÍCULO PUBLICADO EN ABC

Hoy somos menos libres de lo que Pepe Oneto nos enseñó a ser, y es más grotesca e inasumible nuestra corrección política que su peculiar peinado y sus camisas

Conocí a Pepe Oneto durante el único curso que estudié de Periodismo en la Universidad Autónoma de Barcelona, ese cementerio de elefantes, ese atentado contra el periodismo. Lo vi cenando en Jockey con Juan Tapia, que entonces era el director de La Vanguardia, y tuvieron la caridad de invitarme a tomar café. Oneto forma parte del paisaje de mi vida, con su peinado característico, sus trajes y sus camisas con los cuellos y los puños de color distinto. Para el niño que yo fui, Oneto fue un icono, un símbolo. Le dio dimensión social, y casi artística, al oficio de ser periodista.

Yo entonces no distinguía mucho entre partidismos y su imagen me parecía tan rompedora, tan sensacional, tan imposible, que me bastaba con verle para quedar absolutamente fascinado. Supongo que, en parte, era lo que pretendía. Con el tiempo descubrí a un cronista político brillante e incisivo, «salado», como hoy lo describía Luis Ventoso en la redacción de ABC, al conocer la triste noticia; pero mucho menos estridente –y lo digo como un elogio– que en su aspecto tan llamativo.

Con Oneto, como con tantos periodistas de su época, España aprendió a ser libre, y a recordar, tras décadas de silencio, que no sólo todo podía decirse sino que todo debía decirse. Hoy somos menos libres de lo que Pepe Oneto nos enseñó a ser, y es más grotesca e inasumible nuestra corrección política que su peculiar peinado y sus camisas.

Fue valiente, audaz y comprometido. Se arriesgó de verdad por hacer lo que hizo. Más allá de la discrepancia ideológica está el reconocimiento por haberse atrevido a ser libre, y tan libre. Si algún día dejamos de aceptar que nos entierren en vida el feminismo, el buenismo, el ecologismo y tantas otras tiranías, aún el ejemplo de Pepe Oneto ha de servirnos para que vuelva a ser decente, y digno, llamarse a uno mismo periodista.





LA MUERTE DE LOU GRANT, POR JUAN JOSÉ TELLEZ

ARTÍCULO PUBLICADO EN ELDIARIO.ES

En aquel pulso formidable pre Transición, buscábamos nuestros propios símbolos antes de que apareciera en los quioscos el canon de “El País”; desde el controvertido diario “Pueblo”, a aquellos imbatibles semanarios como “Cambio16”, cuyo legendario director José Oneto acaba de fallecer por una incomprensible septicemia.

Cuando le conté a la simpática Maruja Torres que me hice periodista por la serie Lou Grant, me miró de arriba abajo con perplejidad y preguntó ojiplática: pero, niño, ¿tú que edad tienes? Ella era más de Humprey Bogart en Mientras la ciudad duerme, pero ambos estereotipos televisivos y cinematográficos nos reconciliaban con lo que creíamos que debía ser este oficio, canalla y sin bridas: en el serial protagonizado por Edward Asner aparecía una señora Pynchon, propietaria de “Los Angeles Tribune”, que emulaba a la señora Graham que convirtió al periódico local The Washington Post en un influyente rotativo estatal.

Y esta última no lo logró tanto por salir a bolsa e incrementar su cuenta de resultados sino porque nunca dejó el bosque comercial tapara los árboles de la prensa. Así nos lo relata Steven Spielberg, con Meryl Streep y Tom Hanks en un largo sobre lo ocurrido poco antes de que Robert Redford y Dustin Hoffman tumbaran a Richard Nixon por el escándalo Watergate, desde esas mismas planchas. Antes, en una especie de wikileaks analógico, se difundieron los papeles del Pentágono, el célebre informe MacNamara que muchos terminamos comprando de saldo en Galerías Preciados y que contenía el mayor alegato contra la política estadounidense en Indochina desde los tiempos de Eisenhower.

Aquí, al otro lado del mundo, bajo la libertad de prensa de Manuel Fraga, que era un hermoso nombre de llamar a la censura, también teníamos nuestros propios héroes de las linotipias, desde Manu Leguineche, que nos contó Vietnam en su hermoso román paladino, a Manuel Vázquez Montalbán que al fin de su carrera terminó entrevistando a un fantasma sin rostro, el señor de los espejos llamado Subcomandante Marcos.

Quienes alimentamos la vocación del periodismo durante el tardofranquismo, nos nutrimos de algunos de esos héroes particulares de los medios patrios, los que nos enseñaron a leer entre líneas y a informar entre resquicios, cuando los periódicos eran dinamitados o los compañeros dormían en Carabanchel. En aquel pulso formidable, buscábamos nuestros propios símbolos antes de que apareciera en los quioscos el canon de “El País”; desde el controvertido diario “Pueblo”, que fabricaba reporteros a corto plazo y académicos a la larga, al “Informaciones”, “La Vanguardia” –que venía a ser nuestra particular BBC en papel- o aquellos imbatibles semanarios como “Triunfo”, “Cuadernos para el diálogo” o “Cambio16”, cuyo legendario director José Oneto acaba de fallecer por una incomprensible septicemia.

Comprendan que es como si se me hubiera muerto Lou Grant, como cuando la palmó el padre de Carvalho en el aeropuerto de Bangkok o Manu como un eremita en Guadalajara. Falto de creencias, lo único que se me ocurrió entonar como réquiem fue ver el primer capítulo de Lou Grant que está colgado en el Canal Nostalgia: los reporteros se enfrentan a un tipo que les utiliza como rehenes a cambio de que den su versión de una noticia. Se comprometen a ello, pero es una trampa, porque lo que no pueden permitir es que la libertad de prensa sea secuestrada a punta de pistola. La señora Pynchon –incomensurable Nancy Marchand– les ordena que apenas vaya una llamada en portada de dicha noticia porque a los lectores del periódico no les interesa o que ocurra dentro del mismo, sino cualquier otra cosa que pueda afectarles a sus vidas.

Entonces comprendí por qué me gustaba Lou Grant, y Haro Tecglen y José Oneto, porque solían pensar en sus lectores antes que en sus propias incumbencias. Oneto publicó un reportaje en que Maruja Torres llegó a camuflarse como gitana de chabolas, a imagen y semejanza de Gunter Walraff, pero antes de que este escribiera “Cabeza de turco”. También le insistió a Enrique Montiel para que escribiera el primer gran libro biográfico sobre Camarón de la Isla. Y transitó hacia “Tiempo” y los platós televisivos con las impecables camisas cuya leyenda cuenta que fue el pago de un empresario textil que no podía satisfacerle una deuda en efectivo. La gente se quedaba con su flequillo. Yo, que crecí con sus llamativos titulares, prefería quedarme con su olfato, el de aquella generación que encaró la transición democrática desde la convicción de que la libertad podía terminarse al día siguiente y para publicar una noticia contundente no habría un mañana.

Tendría sus cosas, seguro, y a él le sabría mal el género del panegírico. Pero el periodista isleño sabía reírse sin violencia y es el tipo más liberal que he conocido en este país, a años luz de su amigo Antonio Garrigues Walker y, por supuesto, de Pablo Casado. Oneto le siguió la pista al 23-F, barruntando que España estaba desde entonces bajo libertad vigilada. Quizá lo esté todavía. Y quizá todo haya ido languideciendo porque el periodismo que ellos representaban ya no interesa demasiado, empezando por no pocos editores de lo mismo. En los últimos cuarenta años, entre tribuletes sobrecogedores y sindicatos del crimen, varias generaciones de plumillas y foteritos, redactores de radio, de televisión o de lo que les echen, han ido destapando pufos y guerras sucias, cloacas y complots, trincalinas o fake news, driblando mordazas y eludiendo pesebres en la medida de sus posibilidades. Pero no han generado la misma mitología de entonces. Ahora parece más válido que nunca aquel viejo chiste profesional: “Si, soy periodista pero mi madre cree que trabajo en una güisquería”.

Entre todos lo matamos y Lou Grant se fue muriendo solo. Ojalá sepamos resucitarlo y que no la espiche de nuevo en el olvido, porque sus discípulos tal vez no le hicimos honor a su escuela y hemos terminado ejerciendo a menudo como simples cascarrabias de columna y tertulia, apóstoles del pensamiento unívoco, todo lo contrario a lo que fueron los padres fundadores de nuestra libertad de prensa. El Sigmund Freud de la costumbre, la crisis, ya saben, nos obligó a matarlos. Y a matar lo que fuimos.

Pero no nos pongamos estupendos. Lou Grant nos dio una última lección de este oficio cuando los productores decidieron cancelar la serie después de la tocata y fuga de algunos anunciantes porque su protagonista, el sindicalista de izquierdas Asner, hizo campaña en contra de la estrategia de la Casa Blanca en la cruenta guerra de El Salvador. ¿Cuántos periodistas de este país han visto como sus convicciones progresistas les costaban descalabrar su carrera cuando el compromiso conservador de otros les ayudaba por el contrario a subir el escalafón?

No se si Pepe Oneto tenía más de conservador que de progresista, ni me importa demasiado; pero a periodista no le ganaba nadie. Y, en algún limbo de los gacetilleros, se estará tomando ahora un lingotazo de whisky con Lou Grant, con Humphrey Bogart o con cualquiera de aquellos que repiten para sus adentros el mantra de que es preferible un país sin gobierno pero con periódicos que uno con gobierno pero sin periódicos. Oneto conoció de cerca todos los poderes, incluyendo al cuarto, pero sabía perfectamente que en la España de Larra, de Bonafux y de Chaves Nogales, el periodismo nunca iba a serlo.



PEPE ONETO SIEMPRE ESTABA ALLÍ, POR **JUAN PEDRO VALENTÍN**

ARTÍCULO PUBLICADO EN NIUS

Pepe Oneto siempre estaba allí. Y además era imposible no advertir su presencia. Cualquiera que fuera la noticia política, allí te encontrabas con Oneto, que lo primero que te soltaba era una frase que te hacía sonreír. Como uno de esos tipos que pintaba Mingote que parecía que iban a decir algo gracioso en cualquier momento. El humor y la ironía siempre fueron dos de las armas del periodista gaditano muerto a los 77 años en San Sebastián.

Hacía periodismo a la antigua. Lo había mamado en el diario Madrid, ese periódico incómodo para el régimen de Franco que terminó volando por los aires con su edificio. Y luego siguió en Cambio 16, haciendo periodismo a otra velocidad. Eran tiempos en que las revistas semanales de información general marcaban el ritmo. ¡De semana en semana!, con sus exclusivas, sus entrevistas y sus artículos de opinión. Primero fue Cambio, y luego Tiempo, y en seguida el salto al audiovisual.

Estuvo dos años de director de Informativos en Antena 3 y pronto pasó a ser uno de los tertulianos habituales en todas las radios y televisiones. Se convirtió en omnipresente en todas las casas, que podían identificarlo como el del flequillo. No crean que lo perdió con la edad. Le acompañó hasta la muerte como su firma. Siempre aportaba: información, sentido común, ironía, antecedentes.

De aquella época es mi relación con él: “Valentín, ¿cuándo nos vas a subir el sueldo?”, me decía cada vez que coincidíamos en La mirada crítica. Tenía ese don para decirlo con gracia, pero no lo callaba. En sus tertulias siempre aportaba: información, sentido común, ironía, antecedentes.

Pero lo mejor venía al acabar la tertulia. Era el típico que, si podía, la liaba. Cada una de las cenas que teníamos por aquella época del programa terminaban con algún follón. Recuerdo una en la que él, junto a otros cuyos nombres no desvelaré, se dedicaban a pedir prestados los teléfonos para llamar con ellos a conocidos políticos y periodistas a eso de las 2 de la mañana.

Cuando descolgaban decía: “Un momento, le habla...”. Y se lo pasaban al que tenían al lado. El compañero, sorprendido, no podía por menos que contestar e intentar justificar esa conversación absurda de madrugada gestionada en un grupo de periodistas ociosos a las tantas de la mañana.

Una vez me contó que estaba en un país latinoamericano cubriendo una gira presidencial cuando terminó en un local de copas. Allí, de repente, le empezaron a reconocer muchas de las presentes: “¡Señor Oneto, es un placer tenerle aquí!”. Oneto me contaba que se quedó pasmado. Seguirán aquí algún canal español, pensaba. El caso es que el dueño del local tenía la manía de hacerse fotos con gente y luego colgarlas en su local. Parece que la de Pepe estaba en lugar destacado y todos sabían ya quién era sin haber pisado aquella casa.

Contar las cosas de las que se enteraba era su oficio. Siempre estaba en continuo cambio y aprendizaje. Primero en un periódico, luego en un semanario, después a la televisión, a las tertulias y a Twitter si era necesario. Pepe no se arredraba ante nada con tal de contar las cosas de las que se enteraba, que era su oficio.

La última vez que hablé con él fue hace solo unas semanas y estaba molesto. Había salido en un programa de mi casa, Todo es mentira. Como siempre, había concedido la entrevista que le solicitaron.

Se quejaba de que le había hecho una encerrona, de que no le dijeron la verdad: que querían hablar de los periodistas que iban a los viajes de la selección española. Su foto, ataviado y pintado con los colores de la selección, había salido en un periódico y era blanco fácil.

“Me habéis dejado como un trincón”, me dijo Pepe. Lo lamenté mucho porque yo no acompañé a Pepe a aquel viaje, pero sí a otros muchos en los que estábamos multitud de periodistas de este país de todo pelaje y condición. Y coincidía con él en que su profesionalidad nunca se podía ver empañada por un viaje en grupo a ver a la selección española. Cómo se iba a perder Pepe un sarao. Si él siempre estaba allí.



PEPE ONETO, EL GRAN PERIODISTA DE LA TRANSICIÓN, POR IGNACIO VASALLO

ARTÍCULO PUBLICADO EN EMG

Hace tres años invité a Pepe a que se uniera a nosotros en la FEPET, de cuyo Comité Ejecutivo formamos ambos parte. Siempre había sentido pasión por el mundo de los viajes, y aunque recorrió el mundo incansablemente, acompañando a los Reyes o Presidentes en viajes oficiales, o pronunciando conferencias, no siempre había dispuesto del tiempo necesario para disfrutar plenamente, para deambular sin rumbo por las ciudades más interesantes, acompañado casi siempre por Paloma. Juntos vinieron a casi todos los viajes organizados por FEPET durante este tiempo. En esa pareja había una clara división de funciones: Pepe escribía y Paloma hacía el resto.

La nuestra fue una amistad de más de cincuenta años, la mayor parte de esos años una amistad a cuatro: Pepe, Paloma, Barbara y yo. Ya teníamos

una buena relación antes pero su entrada en Cambio 16 como Subdirector y luego Director en 1975 nos proporcionó la oportunidad de un trato más frecuente dada mi pertenencia al Consejo de Administración de la empresa editora y mis colaboraciones en la revista.

Pepe se convirtió en el periodista de la transición por su magnífica información, su periodismo a lo Tom Wolfe, novedoso aquí y especialmente por una virtud rara en esta profesión: el sagrado respeto de las fuentes de información a las que jamás traicionó. Distinguió siempre entre información que podía ser publicada citando la fuente, la que se podía publicar sin citarla y la que había que guardar en el armario de la memoria para el futuro. Siempre estuvo interesado por la compleja relación entre periodistas y políticos. Aseguraba que, en general a los periodistas había una manera de comprarles que el político no había entendido: con información. A él se deben algunos momentos estelares de la época como la primera gran entrevista al Rey o la gran pregunta a Felipe González en la campaña del 82: ¿Qué es el cambio? a la que este

respondió que el cambio es que España funcione.

Bajo su dirección Cambio 16 llegó a vender medio millón de ejemplares y a influir decisivamente en la evolución política del momento, pero nunca dejó que el semanario perdiera la neutralidad política dentro del sistema democrático.

Pepe también fue autor de varios libros de éxito, Director de los servicios Informativos de Antena 3 y muchas cosas más a lo largo de tan larga carrera porque esa generación de periodistas, los nacidos en los años cuarenta decidieron no jubilarse.

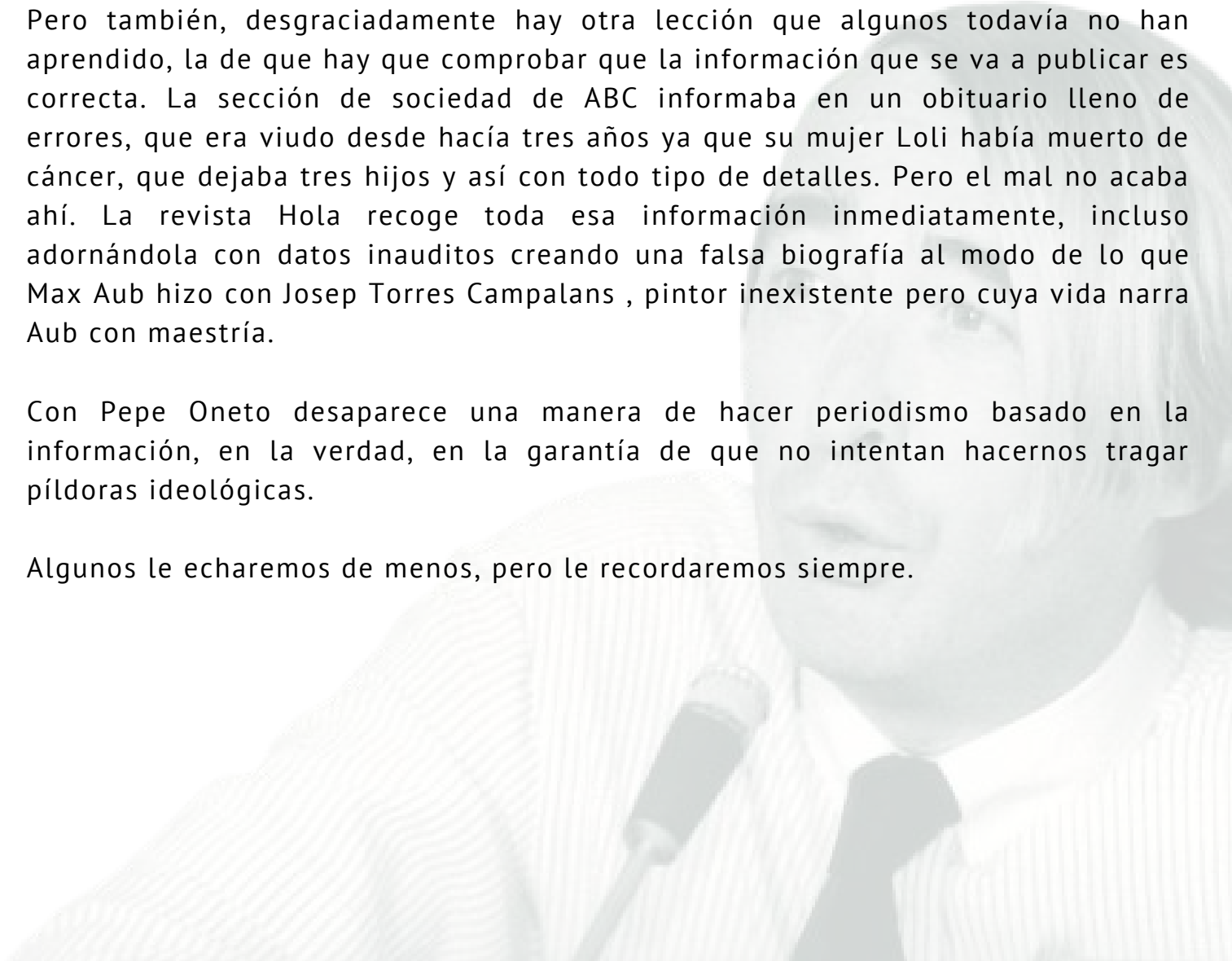
Su participación en tertulias y programas televisivos le dio una popularidad que muy pocos periodistas alcanzan y que muchos desearían. Era reconocido nada más entrar en un local público, lo que ni le agobiaba ni le desagradaba.

Su fallecimiento nos deja dos lecciones de periodismo, la suya, la buena la de quien al poco de despertarse de la operación de peritonitis en pleno agosto da las gracias en twitter al equipo médico de la clínica Quirón de San Sebastian que le había intervenido y que puede todavía, escribir algún artículo para su periódico República.com hasta dos días antes de fallecer.

Pero también, desgraciadamente hay otra lección que algunos todavía no han aprendido, la de que hay que comprobar que la información que se va a publicar es correcta. La sección de sociedad de ABC informaba en un obituario lleno de errores, que era viudo desde hacía tres años ya que su mujer Loli había muerto de cáncer, que dejaba tres hijos y así con todo tipo de detalles. Pero el mal no acaba ahí. La revista Hola recoge toda esa información inmediatamente, incluso adornándola con datos inauditos creando una falsa biografía al modo de lo que Max Aub hizo con Josep Torres Campalans, pintor inexistente pero cuya vida narra Aub con maestría.

Con Pepe Oneto desaparece una manera de hacer periodismo basado en la información, en la verdad, en la garantía de que no intentan hacernos tragar píldoras ideológicas.

Algunos le echaremos de menos, pero le recordaremos siempre.





Y PEPE ONETO DIO LA NOTICIA... POR JUAN JOSÉ DEL ÁGUILA TORRES

ARTÍCULO PUBLICADO EN CRÓNICA POPULAR

La muerte de Pepe Oneto el pasado siete de octubre me cogió fuera de Madrid y lamentablemente no tenía las referencias necesarias para darle el pésame a su viuda Isabel, a su hijo Erik, a su nuera Ana y a su nieto Adrian y tampoco la posibilidad de consultar mi archivo y otras fuentes.

Por ello pensé, que la mejor manera sería hacerlo al regresar a Madrid y dedicarle esta entrada al blog, como homenaje y recuerdo, no sólo para poner en valor una de sus más preciadas cualidades profesionales como periodista, la de estar allí, donde se producía la noticia, junto a las de su independencia y del fino humor gaditano, de las que siempre hacía gala, destacadas todas ellas en las múltiples necrológicas y obituarios que le han dedicado sus compañeros de profesión, sino también aprovechar esta ocasión para realizar algunas consideraciones críticas a dos de las 3.884 sentencias que dictó el Tribunal de Orden Público, según los

nuevos datos y definitivos que se publicarán próximamente, en una nueva edición actualizada y ampliada del libro El TOP. La represión de la libertad (1963-1977).

Soy plenamente consciente de que lo que en su día -hace más de cincuenta años- fue un hecho noticiable hoy no deja de ser una anécdota de la historia de este país llamado España. Una duquesa y un joven abogado ingresan en Prisión, condenados por del Tribunal de Orden Público.

Así fue el 27 de marzo de 1969- coincidimos casualmente en las escalinatas de acceso al Palacio de las Salesas - sede del Tribunal Supremo, la Audiencia Provincial, el Juzgado y Tribunal de Orden Público, del Juzgado de Guardia y del Colegio de Abogados y salón de Procuradores- Luisa Isabel Álvarez de Toledo y Maura-Duquesa de Medina Sidonia- tres veces Grande de España- de 33 años y conocida ya como " la Duquesa Roja" y el entonces joven y desconocido letrado recién colegiado, Juan José del Águila Torres, de 26 años.

Mientras, los abogados Mariano Robles Romero-Robledo y María Luisa Suárez Roldán tramitaban en la secretaria del TOP- en la tercera planta del edificio, llamada “El Palomar”-nuestra “presentación voluntaria”, ante dicha sede judicial, para ingresar en la cárcel y cumplir nuestras respectivas condenas de un año de prisión y 10.000 pesetas de multa, impuestas en Sentencias de dicho Tribunal, por los entonces delitos de manifestación no pacífica -la Duquesa Roja- y de propaganda ilegal- el joven abogado.

Allí estuvo Pepe Oneto- periodista del diario Madrid y de La Vanguardia-y corresponsal de la Agencia France Press- envió “ la noticia” que publicaron varios diarios franceses, destacando en ella que resultaba sintomático que en esas fechas- marzo de 1969-, que coincidieran -y voluntariamente- para su ingreso en prisión, dos jóvenes ciudadanos españoles, a fin de cumplir las condenas de un año que les había impuesto el TOP, una dama aristócrata de alta alcurnia nobiliaria y un joven abogado desconocido, condenados por hechos considerados delitos en España y en Europa derechos fundamentales, lo que además constituía una muestra evidente de cómo se iba ampliando el campo de oposición al régimen dictatorial, inicialmente acotado al mundo obrero y al movimiento estudiantil.

Aunque Pepe Oneto en aquellos tiempos a finales de los sesenta no ejercía como cronista gacetillero de tribunales-como sí lo fueron José Martín Morales, Ignacio Puche, Félix Santos, Paco Gor, José María Torres Cervigón, Melchor Miralles, Juan Miguel Pérez, Rodrigo Vázquez de Prada...y otros que lamento no recordar, poseía un fino olfato de rastreador de noticias, de las que eran posibles lecturas “entre líneas” con proyección política de las mismas, característica propia de esa generación de periodistas, que hubieron de sortear los diversos modos de censura anteriores y posteriores a la Ley de Prensa del Ministro Fraga Iribarne.

Últimamente, Pepe Oneto y yo nos veíamos con cierta frecuencia y charlábamos fundamentalmente, entre otros temas, sobre la actualidad política nacional e internacional en el Bar de Puerta de Hierro, situado entre nuestros dos domicilios y recuerdo que solía preguntarme frecuentemente por mi edad y añadir “Juanjo que buen aspecto tienes” a lo que yo siempre añadía, “Pepe aunque soy agnóstico y ateo, que Dios te conserve la vista” y él siempre sonreía.

Estaba muy impresionado por el ritmo desgraciadamente acelerado en estos últimos tiempos de sucesivos fallecimientos de amigos y conocidos clientes del mismo establecimiento.

Cuando se inició a principios del 2018 el diseño con un nuevo formato de la tercera fase del blog justiciaydictadura.com lo puse en su conocimiento y, al cabo de algunos días, me contestó con un cariñoso correo, en el que elogiaba la estructura del mismo, su accesibilidad y la veracidad documentada de sus contenidos, en los siguientes términos: “... Me he leído entero el blog. Impresionante desde el punto de vista histórico. En este contexto creo que cumple

un papel fundamental. Una labor única y un material valiosísimo para estudiar las matanzas, los abusos y torturas que se hicieron después de la guerra. José Oneto. Periodista. Frases que hoy pueden leerse al comienzo del visionado del blog y que siempre permanecerán grabadas en mi corazón y en mi memoria como una muestra más de su sincera amistad.

No estaría de más sugerir y proponer la elaboración de una tesis académica o investigaciones varias sobre la manera y modo de informar respecto a las noticias producidas por el funcionamiento del Juzgado y Tribunal de Orden Público y su evolución a lo largo de los trece años que estuvo en vigor dicha Jurisdicción Especial represiva de la oposición política del franquismo (diciembre de 1963-enero de 1977). No sólo la que se hacía en los diarios nacionales de Madrid y de provincias, sino también las publicadas en los diarios más importante de las capitales europeas, que tenían corresponsales en España, lo que propiciaría recuperar a personajes míticos de la profesión periodística como lo fue el corresponsal de Le Monde, José Antonio Nováis, con quien el fallecido Pepe Oneto tenía una entrañable relación y veneración, precisamente por su forma de hacer periodismo y enfrentarse a los poderes públicos de la dictadura.

Algunas consideraciones críticas sobre las dos sentencias condenatorias del TOP, que propiciaron nuestro ingreso en prisión:

Soy consciente del medio siglo transcurrido y de que el análisis de dichas dos resoluciones judiciales-cuyos textos literales podrán leer los lectores, haciendo un simple clic en sus respectivos enlaces para sacar sus propias conclusiones-no cabría hacerla hoy desde un enfoque teórico de la dogmática penal y su posible adecuación o encaje en el ordenamiento jurídico positivo vigente de la dictadura franquista.

Pero sí pienso que tienen un relativo interés historicista el conocerlas en su literalidad, en razón del carácter pedagógico y documentado que me autoimpuse al poner en marcha este blog.

Partiré de la constatación de una primera “anomalía procesal” en la redacción material de las dos sentencias, con la inclusión en el encabezamiento de “la mala conducta informada” respecto a Luisa Isabel y “la mala conducta social” en la referida a mi caso.

Y continuarla con algunas consideraciones sobre los hechos fundamentales, tal y como ocurrieron en la realidad de ambos supuestos- narrados en el libro crónica Palomares-Memorias por la procesada en el año 1968- y en mi caso, mi propia versión.

La interpretación parcial y subjetiva de los mismos por parte del Tribunal sentenciador, como órgano político-judicial de represión de toda la oposición- y que luego servirían de base para los razonamientos inculpatórios y condenatorios,

como muestra de la arbitrariedad con la que actuaba dicha instancia de represión político -jurisdiccional especial del franquismo, vienen recogidas en las dos sentencias del Tribunal de Orden Publico, que fueron las N° 106, de 19 de octubre del mil novecientos sesenta y siete-Sumario N° 39/1967 (), -Ponente, el Magistrado y entonces Presidente del mismo, José Hijas Palacios -quién fue promovido y ascendió al Tribunal Supremo en el año 1973, permaneciendo en el mismo puesto y función hasta 1986- condenatoria de Luisa Isabel Alvarez de Toledo y Maura como responsable en concepto de autora, organizadora, de un delito de Manifestación Ilegal, a la pena de UN AÑO DE PRISIÓN MENOR Y DIEZ MIL PESETAS DE MULTA, con arresto sustitutorio casa de impago de un mes, con sus accesorias de suspensión de cargo público, profesión u oficio y derecho de sufragio durante el tiempo de la condena y al pago de las costas procesales.

Contra la misma se interpuso Recurso de Casación ante el Tribunal Supremo, que fue desestimado por la Sentencia dictada por la Sala Segunda de lo Penal el 18 de diciembre de 1968, siendo el Magistrado Ponente Francisco Pera Verdaguer, quien, ya con el nuevo régimen democrático constitucional de 1978, fue designado por el Consejo General del Poder Judicial magistrado del Tribunal Constitucional, tras presidir previamente en los años 1962-1977 la Sala de lo Contencioso Administrativo del Tribunal Supremo. La segunda de las referidas sentencias del TOP, la N° 58 de 3 de marzo de 1969, Sumario 299/1968 del Juzgado de Orden Publico, Ponente José Redondo Salinas, condenatoria de Juan José del Águila Torres como responsable y autor de un delito de propaganda ilegal, sin la concurrencia de circunstancia modificativa a la pena de un AÑO DE PRISION MENOR y multa de QUINCE MIL PESETAS, con arresto sustitutorio de 46 días en caso de impago, con sus accesorias de suspensión de todo cargo público, profesión u oficio y derecho de sufragio durante el tiempo de la condena.

Como se desprende de las anteriormente transcritas reproducciones literales de los dos encabezamientos, ambas Salas del TOP, integradas por los Magistrados José Hijas Palacios (Presidente), Antonio Torres Dulce -Ruiz y José Francisco Mateu Cánoves y José Francisco Mateu Cánoves (Presidente), Carlos María Entrena Klet y José Redondo Salinas, incluyeron el extremo referido a nuestras respectivas "malas conductas sociales". Pues bien, dicha mención y referencia no venía contemplada en el Art.º 141.1º de la ley de Enjuiciamiento Criminal, cuyo texto transcribimos a continuación:

Dicha conceptualización negativa sobre la "conducta social de los procesados", no estaba prevista en el correspondiente y obligatorio precepto procesal, sino que era un "añadido" del Tribunal de Orden Publico, con la finalidad evidente de "demonizar y estigmatizar" ante y para el resto de la sociedad española a unos determinados ciudadanos/as que pasaban por esa Jurisdicción de represión política, por intentar ejercer derechos fundamentales (expresión, reunión, manifestación, asociación, huelga...) reconocidos en los países democráticos y que aquí, en España, eran considerados delitos.

Pues bien, dicha mención y referencia no venía contemplada en el Art.º 141.1º de la ley de Enjuiciamiento Criminal, cuyo texto transcribimos a continuación:
Dicha conceptualización negativa sobre la “conducta social de los procesados”, no estaba prevista en el correspondiente y obligatorio precepto procesal, sino que era un “añadido” del Tribunal de Orden Público, con la finalidad evidente de “demonizar y estigmatizar” ante y para el resto de la sociedad española a unos determinados ciudadanos/as que pasaban por esa Jurisdicción de represión política, por intentar ejercer derechos fundamentales (expresión, reunión, manifestación, asociación, huelga...) reconocidos en los países democráticos y que aquí, en España, eran considerados delitos.

Esta referencia a las malas conductas en las sentencias dictadas por el TOP no se hacía con todos los procesados/as, como se pondrá de manifiesto a continuación y era una facultad unilateral, discrecional y arbitraria de dicho tribunal, que, por lo general, tenía su base y fundamento en los Informes personales de conducta de la Brigada Político Social, que se adjuntaban normalmente con el atestado policial.

Esta práctica arbitraria e ilegal, por parte del TOP, ya la denuncié en septiembre de 2013, en un capítulo del libro Proceso 1001 contra Comisiones Obreras ¿Quién juzgó a quién?, con el título El 1001, un juicio más político que jurídico, ya que se daba la circunstancia y coincidencia de que, salvo uno de los diez procesados en ese macro juicio a dirigentes de dicho Sindicato, los otros nueve habían sido calificados también de “mala conducta” en la sentencia condenatoria de 27 de diciembre de 1973 dictada por el TOP.

Del total de los procesados/as por el TOP 8.943, en el gráfico que a continuación se muestra-según la última versión que aparecerá en la nueva edición del libro El TOP, La Represión de la Libertad (1963-1977)- figuran con Buena conducta 5.526, Ignorada 138, Irregular 332, Mala 2.599 y de 339 no consta dicho extremo en la TOPDAT por no figurar y haberse omitido en la sentencia original.

Los criterios para que el Tribunal de Orden Público entendiese cuál era la calificación adecuada no estaban establecidos en ninguna norma positiva del ordenamiento jurídico, siendo la frontera entre ellas - buenas, malas e irregulares- indescifrables, por tratarse de conceptos subjetivos indeterminados de muy difícil descripción objetiva y que insistimos, dependían de los Informes de la Brigada Político Social.

Por primera vez, incluimos y reproducimos una tabla con todos los extremos referidos a las calificaciones de conducta, que, en su día, se dieron por el Tribunal de Orden Público a los procesados/as, obtenidos del TOPDAT, Una base de datos para explotar, de la que, al igual que en la próxima edición del libro del TOP, pretendemos su actualización con la información contenida en las ochenta y nueve sentencias recuperadas en el Archivo de la Memoria de Salamanca, correspondientes a las dictadas por el TOP en el primer trimestre de 1972 que habían desaparecido del archivo judicial donde se encontraban.



PEPE ONETO. IN MEMORIAM, POR FRANCISCO J. CARRILLO

ARTÍCULO PUBLICADO EN SUR

En 1962 iniciamos una andadura de amistad activa en medio del silencio. Habíamos ingresado en la Escuela de Periodismo de la Iglesia, heredera de la Escuela del Debate fundada por el entonces abogado del Estado, Ángel Herrera Oria, que llegó un día a Málaga para ser obispo y cardenal. Pepe simultaneaba los estudios de Periodismo con los de Económicas; por mi parte, lo hacía pero con Derecho. Él perseveró en la Escuela de Periodismo más Económicas y yo opté por cambiar Periodismo por Ciencias Políticas y Sociología más Derecho.

Vivíamos en la Ciudad Universitaria en sendos Colegios Mayores distanciados apenas por trescientos metros. En los años 1966 y 1967 compartimos Consejo de Redacción del semanario de la juventud SIGNO hasta su obligada extinción. En el verano de 1967 nos encerramos en la torre de un chalé de Montemar/Torremolinos para escribir un libro sobre la prensa católica (que había sufrido mucho) de los años de “preTransición”. No era un trabajo urgente que alternábamos con sol y playa y algún que otro guateque de pandilla. Llegamos a redactar unas 50 páginas que conservo.

Madrid universitario era nuestro caldo de cultivo de una amistad que se perpetuó hasta ayer. Atentos siempre a la formación que genera la evolución de aquella España que se dirigía imparable hacia la Democracia y hacia la restauración de una Monarquía que resultó parlamentaria. Atentos siempre también a las actividades literarias de jóvenes escritores y poetas, casi todos amigos. Valga aquí nuestra ida en autobús para participar en "Los Paseos con Antonio Machado" en Baeza, portadores con otros de un busto que le modeló Pablo Serrano, hoy en los jardines de la Biblioteca Nacional. Atentos al diálogo como instrumento esencial del entendimiento político. Eran tiempos, y muy cerca estuvimos, de aquellos "Cuadernos para el Diálogo" que fundara Joaquín Ruíz-Giménez. Atentos a nuestro más próximo entorno: los movimientos estudiantiles reagrupados mayoritariamente en la Unión de Estudiantes Demócratas (UED), de inspiración democristiana no colaboracionista y en la Federación Universitaria de Estudiantes Demócratas (FUDE), de inspiración socialdemócrata. Atentos a los movimientos sociales, a los debates en el interior de la Iglesia en España, a las incipientes formaciones políticas y sindicales que asomaban cabeza desde la clandestinidad. Incluso prestamos particular atención a la repercusión del Concilio Vaticano II en España y a la caída de las tristemente célebres bombas atómicas USA (que no explotaron pero que algo contaminaron) en el mar de Palomares. Éramos soñadores sin certeza hasta que llegó La Transición. Marché a ampliar estudios en el extranjero donde salté a la ONU/UNESCO, y Pepe Oneto resultó ser, a mi entender, el mejor cronista de la citada Transición. Maestro de maestros del Periodismo, desarrolló una muy nutrida profesión periodística en prensa escrita, radio y televisión, que marcarán los anales de la información y de la comunicación en España.

Cuando participaba en los debates de TVE, nos comunicábamos con mensajes y podía advertir en la pantalla sus gestos de simpatía controlada por el medio. Lo seguía fielmente en el digital República de las Ideas (república.com) que, con Pablo Sebastián (amigo de París), dieron un vuelco a la crónica política independiente.

Pepe Oneto no dudó en escribir un largo prólogo a mi libro "Cambio de Era" (Diario SUR y Fundación Málaga, editores) y aventuró anécdotas que traducían una "vieja amistad", porque ya también éramos viejos. La última vez que nos encontramos en Madrid le desafié, ante Paloma (a la que hoy en particular abrazo con cariño) a que escribiera sus Memorias, memorias que ya estaban escritas e inscritas en toda su andadura pública. Porque las Memorias de Pepe Oneto están ampliamente redactadas para siempre en la hemeroteca.

Siento de verdad perder a un amigo con tantas emociones y experiencias compartidas. Teníamos una clave: ¡Siempre es Pascua! También hoy, querido Pepe, ¡Siempre es Pascua!, ahora más para ti que para mí.

Asociación de Periodistas  Europeos

Fundación Diario

Madrid 

